

Catálogo de la exposición individual en la galería Soledad Lorenzo de Madrid 1990.

Texto de **Miquel Barceló**.

Un pintor llegó a su taller, cierta mañana, con una resaca terrible. "Pintar como un viejo sin fuerzas, lleno de sabiduría", se decía. Imágenes que aparezcan con la misma naturalidad que los champiñones en el estiércol.

Horas más tarde, cuando despertó en el sofá, dio un vistazo desolado al taller: seguía el estiércol, pero ni rastro de los champiñones.

Si al marchante de colores, aunque se trate de cantidades mínimas, intento pagarle con cheque, desconfía; llama al banco, me pide documentos de identidad y toda clase de garantías. Si en cambio intento comprar un "Jaguar", no hay problema, incluso cuando exijo cambiar el color de la tapicería.

Si voy a un restaurante barato me instalan siempre al fondo lo más alejado de la puerta posible; sin duda por miedo a que me vaya corriendo sin pagar. Si por el contrario, voy a un restaurante de lujo, tengo derechos a reverencias y al mejor de los servicios.

Menos mal que vendo mis cuadros caros, porque, si los vendiera baratos, indudablemente, no vendería ninguno.

Recuerdo mi decepción, cuando después de atravesar por primera vez la frontera de A... con B... el paisaje continuaba siendo el mismo. Sólo después de un breve sueño me percaté de algunos cambios: nieve y gente con abrigo. Desde entonces viajo despierto.

Enseñé los papeles en la frontera de B... con C... Por descuido algunos dólares estaban doblados en mi pasaporte. El policía lo hojeó vagamente, se metió el dinero (sin contarlo) en el bolsillo, me devolvió el pasaporte y con un gesto de asentimiento me dejó pasar.

A causa de unos visados tuve que pasar un día y una noche en una franja llena de basura, que separa C... de D...

Construí un tirachinas para pasar el tiempo. Cuando hube acabado, una multitud de jóvenes y adultos me rodeaba. Sin levantarme, les indiqué un gran lagarto naranja y azul, inmóvil, a unos quince metros. Apunté cuidadosamente, solté la piedra y ante mi asombro y la admiración general, cayó muerto al suelo.

Al anoecer estalló una tormenta. Los policías comían mangos bajo un cobertizo, bastante divertidos por mis preparativos para pasar la noche. Caían rayos por doquier y yo era la única protuberancia en esta tierra de nadie. Me tranquilicé pensando que se puede morir en C... o en D... pero no sobre una línea imaginaria.

A la mañana siguiente no había ni rastro del lagarto.

Tras una breve estancia en E..., una ciudad rica en ruínas y yacimientos arqueológicos, iba a tomar tierra en el aeropuerto de F..., cuando vi un conejo que huía corriendo hacia los campos vecinos a las pistas. Esta imagen, tan clara y terrestre, la he guardado durante cierto tiempo en mi espíritu de la misma manera que a veces, tras un viaje, guardamos en el bolsillo durante varias semanas unas cuantas monedas extranjeras que ya no sirven para nada.

Después de atravesar el desierto de G..., se llega a una pequeña ciudad fronteriza atravesada por un río y detrás de la cual continúa el desierto de H..., cientos de kilómetros.

La llegada a H... suele presentar una serie de inconvenientes para un viajero sin experiencia, sobre todo si su intención es llegar a I...

Entré en contacto con un barquero local (sólo quien conoce estas latitudes sabe cuán largas pueden llegar a ser este tipo de negociaciones). Cierta mañana se presentó con aire de determinación y, con los circunloquios habituales, empezó a relatarme una historia: "Un joven vecino suyo había recibido, como pago de sus servicios de guía y de parte de un grupo de viajeros que pretendían hacer una travesía parecida a la mía, una bicicleta. En el transcurso del viaje dicho joven falleció y su padre pasó a cobrar posesión de ella que, a su vez, podía ser adquirida por mí a un precio módico, para así efectuar el pago de mi propio barquero". "Depende del precio y del estado de la bicicleta", dije yo, levantándome para acompañarlo al patio. Y ahí estaba un viejo de barbas blancas que sostenía, cuidadosamente, una bicicleta oxidada con las dos ruedas pinchadas.

En J..., atravesando el desierto, nos detuvimos para hacer un té y otras necesidades en un lugar particularmente yermo. Mientras mis amigos calentaban el agua a la sombra del coche me alejé con un rollo de papel higiénico. Hubiera podido igualmente caminar unos pasos como kilómetros y el paisaje no hubiera cambiado. Al cabo de un rato veía el coche ya muy lejos. Avancé aún un poco, en línea recta, y encontré una piedra un poco más grande que el resto, al lado de la cual dejé caer mi deposición. Enterré cuidadosamente el trozo de papel. Observé el resultado encontrándolo satisfactorio, e incluso, de alguna manera imponente. Me mantuve un instante en suspenso, vacío de cabeza y de vientre; reemprendí mis huellas hasta el coche. Bebí el té con mis amigos y nos fuimos.

¿Qué es más caro: contruir un muro de, digamos dos por tres metros, o abrir una ventana de las mismas dimensiones?

Tuve una casa en K... (un lugar donde no había casi leña -o si no, muy cara- y aún menos vidrio). Cada vez que salía de viaje por algunos días, alguien venía a tapiar puertas y ventanas, con ladrillos de adobe, dejando únicamente algunos orificios para la ventilación. A mi vuelta, bastaban unos golpes de martillo para reabrirlo todo. Entonces volvíamos a colgar cortinas, barríamos un poco y guardábamos los ladrillos en un rincón para el próximo viaje.

Quizás lo haya leído en alguna parte.  
Tal vez había bebido demasiado Dolo cuando lo ví.  
Era una vieja sin dientes. Con una mano se llevaba a la boca un pecho, negro y arrugado, como una breva. Para indicar quien era su hijo: un viejo que asentía sonriente.

Alineo algunos objetos por orden de antigüedad:  
un fósil de pescado  
una punta de flecha en sílex  
una figura votiva ibérica  
una botella de calvados  
una rosa...

Aprecio el resultado, pero evito, esmeradamente, sacar cualquier tipo de conclusión.

Un perro en la playa.  
Mordisqueando conchas de moluscos.  
Trunculariopsis trunculus.  
Los dientes teñidos de azul.  
Dibromoíndigo.  
La invención del añil.  
La invención de la púrpura.  
Un pintor fenicio.  
Con pelo de perro fabrica sus pinceles.  
Con los huesos quemados el color negro.  
Mezclado con grasa.  
De perro.  
Del interior de la fosa óxido rojo.  
Una tumba de perro.  
Una pintura funeraria lo representa.  
Corriendo frente al mar.  
Un perro de pintor.  
Una víctima del arte.  
He tenido muchos perros.  
Me acuerdo de sus nombres.